

A woman's silhouette is shown from the back, standing in a savanna landscape at sunset. The sky is filled with vibrant orange, yellow, and blue hues, with the sun low on the horizon. The woman is wearing a dark, long-sleeved top and light-colored pants. The overall mood is serene and contemplative.

LAMER TU PIEL BAJO EL SOL DE KENIA

**NOELIA
AMARILLO**

*Lamer tu piel
bajo el sol de Kenia*

Noelia Amarillo

Esencia/Planeta

© Noelia Amarillo, 2021
© Editorial Planeta, S. A., 2021
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

© Imagen de la cubierta: Mieszko / FREEPIK y Anto Vargas / Shutterstock

Primera edición: octubre de 2021
ISBN: 978-84-08-24693-0
Depósito legal: B. 12.538-2021
Composición: Realización Planeta
Printed in Spain - Impreso en España

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.



El príncipe en su reino

Martes, 11 de enero de 2022

Kaos le dio las últimas instrucciones al portero que custodiaba el acceso al Paraíso, o, lo que era lo mismo, la planta *swinger* del Lirio Negro, uno de los clubes eróticos más reputados de Madrid. Esa noche, en el Infierno, que no era otra cosa que el sótano de temática BDSM de dicho club, se celebraba una fiesta Femdom,¹ y aunque no preveía complicaciones, nunca estaba de más tenerlo todo controlado. Y ese «todo controlado» incluía impedir que las Dóminas, Amas sádicas, esclavos, sumisos masocas y demás fauna *bedesemera* escapara del Infierno y pululara a sus anchas por el Paraíso.

No era que le molestara el asunto de la Dominación/sumisión, en absoluto, era un negocio lucrativo y él jamás rechazaba nada que le hiciera ganar dinero. Pero en el ámbito sexual le resultaba demasiado laborioso. La trabajada parafernalia de la puesta en escena le aburría, y mejor no hablar de la dedicación, la imaginación y la planificación empleadas para obtener un simple orgasmo...

Menudo rollo.

Prefería los polvos sencillos, y si eran rapiditos y no le hacían perder mucho tiempo, mejor. Era lo malo de trabajar en un club erótico. El sexo acababa convirtiéndose en una rutina más.

1. Dominación femenina.

Y la rutina era tan aburrida...

—Te avisaré cuando Mistress Fiona te reclame —le dijo el portero refiriéndose a la Dominatrix promotora de la fiesta.

—No te molestes, no voy a acudir a su llamada —replicó Kaos con desidia.

El portero lo miró sorprendido. Fiona era una Dómina altiva e irascible acostumbrada a salirse con la suya. Un par de veces al año alquilaba el Infierno para sus selectas fiestas, en las que siempre reclamaba la presencia de Kaos. Durante más de una década ambos habían mantenido una relación, no de amistad, pero sí de algo similar. Sin embargo, en los últimos años el vínculo había cambiado y ahora la tensión entre ellos era palpable.

—¿Qué debo decirle? —le preguntó el portero esperando obtener una excusa que evitara, o, mejor dicho, atemperara lo que ella consideraría un agravio.

Kaos lo meditó un instante, una perezosa sonrisa curvó sus labios.

—Nada.

—No le gustará —auguró.

—Dalo por hecho. —Afiló aún más su sonrisa—. Esta noche no quiero a nadie del Infierno en el Paraíso y viceversa, incluido yo mismo —dijo refiriéndose a los dos espacios en que se dividía el Lirio Negro.

El portero arqueó una ceja. Porque Kaos era, además de uno de los propietarios del club, el Príncipe del Paraíso. Ese era su reino y lo gobernaba con mano laxa y reglas volátiles. Tanto que no era extraño verlo en el Infierno haciendo travesuras, cabreando a la Reina o sembrando el caos. De ahí la absurdidad de su excusa.

Fiona no se la creería.

—Montará en cólera —le advirtió, pues esa sería la primera vez que Kaos no se plegara a sus deseos y rechazara su requerimiento.

—No lo dudes. Pero no montará un numerito, tiene demasiado orgullo. Lo que es una pena, porque se avecina una noche aburrida —comentó Kaos entrando al Paraíso.

Los tacones de siete centímetros de sus botines resonaron mientras recorría apático el pasillo. Aún no eran las doce de la noche y

el Paraíso no alcanzaría su apogeo hasta más tarde, si es que lo alcanzaba. Las Navidades y sus excesos habían dado paso a la cuesta de enero, ergo los bolsillos estaban vacíos y las cuentas bancarias en rojo.

Ignoró las puertas del Edén, no le apetecía sumergirse en la tórrida humedad que dominaba la sala debido a la piscina climatizada, menos aún desnudarse para cumplir las normas de ese recinto. Y no era que despojarse de sus ceñidos vaqueros blancos y sus botines, únicas prendas que llevaba, fuera trabajoso, pero si se desvestía luego tendría que volver a vestirse y, sinceramente, le daba una pereza tremenda. Así que fue al Jardín de las Delicias y atravesó el inmenso salón para subir a la plataforma ocupada por un sillón barroco de terciopelo rojo con estructura de madera dorada.

El trono del Príncipe del Paraíso.

Se sentó, la espalda contra un lateral del respaldo y la pierna izquierda sobre el reposabrazos, ese pie meciéndose indolente en el aire mientras el otro permanecía en el suelo alfombrado. Y desde allí, cual rey en su trono, observó su reino.

Un rey, todo hay que decirlo, bastante aburrido. Las mismas caras de siempre lo rodeaban. O no. Tal vez había alguna nueva, pero no importaba, porque las necesidades, los deseos, las fantasías siempre eran los mismos. Nada cambiaba. Todo, incluido él, permanecía igual. Inmutable. Previsible. Aburrido.

Se sintió, como tantas veces antes, atrapado en el Paraíso, en su patética vida.

Y esa noche, como cada martes, era más cautivo que nunca.

Esa era su maldición.

Cualquier otro día encontraría sin excesiva dificultad algo con lo que entretenerse, una travesura que hacer, una mujer con la que follar, algún socio al que molestar. Pero era martes. Y los martes precedían a los miércoles. Y los miércoles eran el único día de la semana que su rutina cambiaba, lo que los convertía en interesantes. Y eso era un incentivo para desear su llegada.

Resopló impaciente. Cuatro horas y se iría a casa. Debía buscar una distracción que las hiciera pasar más rápido. O al menos no tan despacio como sus predecesoras.

Revisó con mirada crítica el salón. Había un par de orgías en marcha, varios voyeristas sacudiéndosela con ganas y en un rincón una pareja que lo miraba todo con unos ojos como platos. Ah, sangre fresca. Qué monos. Lástima que pronto dejarían de sorprenderse y entrarían en la misma dinámica que el resto de los allí presentes. Se removió en el sillón y un tacón de sus relucientes botines negros cortó el aire en un tic nervioso. Al darse cuenta plantó el pie en el reposabrazos, clavando el fino tacón en el acolchado terciopelo. No quisiera Dios que nadie intuyera o, peor aún, creyera que el Príncipe del Paraíso y señor del caos, la irresponsabilidad y la indolencia estaba agobiado.

Tenía una imagen que mantener, y esta desde luego no era la de un tipo dominado por la desazón. Obligó a sus párpados a caer con desidia y examinó el salón sin encontrar nada que despertara su interés, hasta que su mirada recayó sobre una mujer que, recostada en un diván, jugueteaba con su cuerpo. Lo que le llamó la atención no fue que se estuviera masturbando, algo habitual allí, sino que fuera vestida. Se acariciaba los pechos por encima de la camisa mientras hundía la otra mano entre los muslos, sobre sus vaqueros.

Era algo inusitado. Las féminas que frecuentaban el Paraíso preferían la desnudez o, en su defecto, exiguos vestidos de látex, encajes o *catsuits* con la entrepierna abierta.

Desde luego, no vestían vaqueros y camisa blanca.

No cabía duda de que esa mujer se salía de la norma imperante. Y eso era justo lo que él necesitaba, algo singular e inesperado que lo sacara un rato del tedio.

Como si hubiera sentido la curiosidad que había despertado en él, ella alzó la vista y clavó sus ojos claros en los aguamarina del Príncipe del Paraíso. Sonrió.

Una sonrisa apenas insinuada que llevó a Kaos a otro momento, a otro lugar. A otra mujer de ojos claros. Más exactamente grises. Ojos enormes y expresivos.

El interés prendió en él.

Podía ser divertido entretenerse con esa fémina inusual, que además tenía el pelo castaño, lo que suponía un aliciente. Por des-

contado, no tenía nada en contra de follarse con pelirrojas, morenas, rubias o cualquier otro color de pelo. Era una verdad universalmente aceptada que en la variedad estaba el gusto. La examinó interesado, recordaba haberla visto allí con anterioridad, pero nunca le había llamado la atención lo suficiente como para hacer el esfuerzo de proponerle sexo.

Esa noche sí.

Se acercó a ella con acusada indolencia. El triunfo asomó a los ojos femeninos al saberse elegida y su sonrisa se tornó lasciva, vencedora.

Kaos se sintió defraudado. Debería haberlo intuido. Era una cazadora y había trazado su estrategia para atraer al Príncipe del Paraíso.

No era un secreto que, en las pocas ocasiones en las que últimamente ofrecía su cuerpo, las elegidas eran casi siempre castañas con sonrisas despreocupadas. Estuvo tentado de dar media vuelta y regresar al trono, pero esa mujer había conseguido intrigarlo y solo por eso merecía su recompensa. Se detuvo frente a la fémina y, haciendo una burlona reverencia, le tendió la mano. Ella no dudó en aceptarla y dejarse guiar a la plataforma.

Kaos se sentó en el trono y esperó apático a que moviera ficha. Si quería follárselo iba a tener que hacer todo el trabajo. Algo que a ella no la sorprendió. ¿Por qué habría de hacerlo? No era un secreto que el Príncipe del Paraíso prefería ser montado.

Aunque sí era una mentira.

En realidad no tenía preferencias acusadas. Le gustaba como al que más colocarse entre las piernas de una mujer y dictar el ritmo. Pero, claro, para eso tendría que apetecerle trabajar y sudar y esforzarse. Y últimamente no estaba por la labor.

Era tan fatigoso...

Dejó que le desabrochara los vaqueros, aunque no permitió que se los bajara; tendría que conformarse con el espacio que le diera la bragueta. Y eso hizo ella. Le sacó la polla, que, aunque no estaba del todo erecta, apuntaba maneras, le enfundó un condón, se la llevó a la boca y comenzó a trabajársela.

Kaos fijó la vista en la espesa melena castaña de su desconocida

compañera hasta que su mirada se desenfocó y la imagen de otra mujer se solapó sobre la realidad. Una mujer con el pelo un poco más claro y un carácter indómito.

Su erección se tornó granito y el placer se arremolinó en su interior, desbordándose.